

de las cosas que tenían para la fábrica del Tabernáculo y para cuanto era necesario al culto divino, y vestiduras sagradas. Hombres y mujeres presentaron axorcas, y zarcillos, sortijas y brazaletes: toda alhaja de oro fué puesta aparte para ser ofrecida al Señor. Todos los hijos de Israel consagraron al Señor voluntariamente sus dones en tanta abundancia que Moisés advertido por los artífices *Beseleél y Ooliab* de que el pueblo daba mucho mas de lo que era necesario, hizo publicar á voz de pregonero que ni hombre ni mujer ofreciera ya mas para la fábrica del Santuario. » Así, señores, con tan buena voluntad y con tanta sumptuosidad se edificó el Tabernáculo de la antigua ley que solo era figura de nuestros templos, como lo eran tambien sus sacrificios del que nosotros celebramos en nuestras iglesias. Oid sobre esto lo que dice san Pablo. Es verdad, *dice el santo Apóstol (1)*, que tuvo el primer testamento reglamentos sagrados del culto, y un santuario terrestre..... y en él entraban los sacerdotes para cumplir las funciones de sus ministerios: pero en el segundo Tabernáculo solo entraba el Sumo Sacerdote una vez al año y llevaba sangre, la cual ofrecia por sus ignorancias y por las del pueblo; dando á entender con esto el Espíritu Santo, que no estaba todavía patente la entrada del cielo, estando como estaba, en pie el primer Tabernáculo. Todo esto era figura de lo que pasa ahora, pues los dones y sacrificios que *entonces* se ofrecían, no podían purificar la conciencia de los que tributaban á Dios este culto; puesto que no consistia sino en viandas y bebidas, y diferentes abluciones y ceremonias carnales... Mas sobreviniendo Cristo, Pontífice *máximo* que nos habia de alcanzar los bienes venideros por medio de un Tabernáculo mas excelente y mas perfecto *cual es su precioso cuerpo.....* entró una vez *para siempre* en el Santuario del cielo habiendo obtenido una eterna redención del género humano. Y si la sangre de los machos cabrios, y de los toros; y la ceniza de la ternera *sacrificada*, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación de la carne *segun que en la ley antigua se ordenaba*. ¿Cuánto mas la sangre de Jesucristo, el cual por impulso del Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas *de los pecados*, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo? Por eso es *Jesus* mediador de un nuevo testamento; á fin de que mediante su muerte para expiación aun de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer testamento *que tampoco podían perdonarse sino por la virtud de la sangre de Cristo,*

(1) *Epist., á los Heb., cap. 9, v. 1 y siguientes.*

reciban la herencia eterna los que *en todos tiempos* han sido llamados *de Dios*. Donde hay testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador, para que tenga fuerza ó efecto el testamento..... Fué pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales *de la antigua ley* se purificasen *con sangre*, pero las mismas cosas celestiales *lo deben ser* con víctimas mejores *que las antiguas, y así ha sucedido*. Porque no entró *Jesus* en el santuario hecho de mano de hombres, sino que entró en el cielo mismo..... para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios que era lo que significaba el Pontífice cuando entrando en el santuario se presentaba delante del arca..... Y así como está decretado á los hombres el morir una sola vez, y despues el juicio: así tambien Cristo ha sido una sola vez inmolado, *ú ofrecido en sacrificio* para quitar los pecados de muchos; y otra vez aparecerá no para expiar los pecados *agenos*, sino para dar la salud eterna á los que le esperan *con fé viva*. »

Con efecto, cristianos: Jesucristo es la única víctima que ha podido satisfacer por nuestros pecados, y á esta víctima santísima nos debemos unir por la fé, esperanza, caridad y demás obras buenas. Esta es la sola víctima digna de la Magestad de Dios. Por esto al hijo del Eterno Padre dijo al entrar en el mundo (1): *Padre mio*, tú no has querido sacrificio, ni ofrenda; mas á mí me has apropiado un cuerpo mortal... Pues, héme aquí, ó Dios mio, que vengo para hacer tu voluntad. «La [hizo efectivamente Jesucristo Redentor nuestro; se sometió en un todo á los designios de su eterno Padre, y estableciendo el sacrificio de su santísimo cuerpo quedaron abolidos todos los sacrificios antiguos. Si, cristianos: por la oblacion del cuerpo de *Jesus* hecha una sola vez, somos santificados los hombres. Esta es la ofrenda pura que en nombre de Dios, dijo *Malaquias* que se ofrecia en todo lugar; el sacrificio del calvario en que nuestro amantísimo *Jesus* se ofreció á su eterno Padre por la redención de los hombres; y este mismo sacrificio es el del altar, que llamamos *Misa*, sin mas diferencia, dice el Santo Concilio de Trento (2), *que en el modo y motivo de ofrecerse*. En la cruz se ofreció muriendo, y en el altar se ofrece representando su muerte. Allí fué una víctima (3) cubierta de sangre á vista de los hombres, y aquí es una víctima cubierta de gloria á vista de los Angeles. Allí murió realmente separándose su santísima alma de su santísimo cuerpo; y aquí muere místicamente, represen-

(1) *S. Pablo á los Heb., cap. 10, v. V.*

(2) *Ses. 22.*

(3) *Mazo, fol. 213.*

tándose separados su cuerpo y su sangre, en virtud de la consagración del pan y del vino. Allí se ofreció por redimirnos, y aquí se ofrece para aplicarnos el precio de su redención. Allí nos mereció este precio infinito y aquí nos le entrega; y esto es lo que llama el Santo concilio *diferencia en el modo y motivo de ofrecerse*; porque en cuanto á la esencia, el sacrificio del altar es el mismo de la cruz. En ambos es uno mismo el sacerdote y la víctima, el sacrificante y el sacrificado, el que ofrece y el que es ofrecido, porque en ambos lo es todo Jesucristo.

Conoced ya mis amados, si tengo fundamento para decir que de las oraciones publicas, es la mas perfecta, la mas agradable á Dios el Santo Sacrificio de la Misa. ¿Quién mas Santo que Jesus? Pues, esta es la víctima. ¿Quién mas justo que Jesus? Pues este es el sacerdote que sacrifica, sacerdote y víctima es una misma cosa, y esta cosa es el mismo Hijo de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida. Todo cuanto quiere Dios de nosotros, y cuanto nosotros podemos querer de Dios contiene este sacrificio santísimo. ¿Qué quiere Dios de nosotros? Que le amemos y demos pruebas de amor. Pues uniéndonos con fé viva, esperanza y caridad á esta santísima víctima cumplimos con amarle dándole á la vez pruebas inequívocas de amor. ¿Qué podemos nosotros desear que nos conceda el Señor? Lo que sea conveniente á conseguir la salvación ó sea la felicidad, ya atendido al cuerpo, ya al alma, ó á ambas cosas á la vez. Pues ninguna cosa mas eficaz puede darse para conseguir el bien del cuerpo y del alma, que hacer que el mismo Hijo de Dios sea quien medie entre Dios y nosotros. El mismo Jesucristo tiene dicho que cualquiera cosa que pidamos á su Padre en nombre suyo nos será concedida, ¿cuánto mejor nos lo concederá interponiéndose su propio Hijo en persona? Pues en persona se ofrece Jesucristo en el sacrificio del altar, y se ofrece por toda la Iglesia, de la que él es la cabeza. De la plenitud de Jesus, dice san Juan (1), hemos participado todos nosotros y recibido una gracia por otra gracia: en lugar de la gracia de la ley, la gracia del Evangelio, y despues de la gracia justificante, la gracia de la gloria.... Porque la Ley, *continua el Santo Apóstol*, fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad fué traída por Jesucristo. Así que, este Santo sacrificio contiene en sí todas las especies de oración en el grado mas perfecto, y se estiende su virtud á las tres Iglesias, *triumfante, militante y purgante*. Las dos primeras imploran la misericordia del Señor en favor de la tercera, por medio de nues-

(1) Cap. 1. vv. XVI y XVII.

tro amantísimo Jesus, que es el mismo que por toda la Iglesia (compuesta de las tres indicadas) se ofrece á su eterno Padre.

Esta es, cristianos, la doctrina que nuestra Madre Iglesia nos enseña, y por creerla toda divina, celebramos y hacemos celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, como lo mas grande, como lo mas grato á nuestro Padre que está en los cielos; y como lo mas á propósito para lograr el lleno de nuestros justos deseos.

Digo que celebramos y hacemos celebrar el Santo Sacrificio de la Misa como lo mas grato á Dios, porque solo á Dios es á quien se ofrece este Santo Sacrificio. Las misas que llamamos de Nuestra Señora, de los Angeles, de San Gregorio: misas á San Pedro, á San Juan, á San Antonio, y á las benditas ánimas; no son misas que se ofrezcan á las ánimas, á los Santos, ni á María Santísima; sino que lo que queremos decir con esto es, que celebramos ó encargamos que se celebre el Santo Sacrificio de la Misa, en memoria y honor de María Santísima, de los Santos, y en sufragio ó socorro de las ánimas del Purgatorio. Por medio de este Santo Sacrificio tomamos parte, nos congratulamos con los Santos en la gloria y favorecemos á nuestros hermanos necesitados. Obligamos, en cierto modo, á los Santos, cuyas victorias y virtudes celebramos en la tierra, á que ellos rueguen por nosotros en los cielos, y nos consigan del Eterno Padre lo que pedimos por medio de nuestro Señor Jesucristo. Este y no otro es el significado de las palabras: *Misas de nuestra Señora, de los Santos y de las ánimas*. Pero significado que no rebaja, antes bien ensalza el mérito del Santo Sacrificio de la Misa, por lo mismo que es lo mas grande, y lo mas grato á los ojos de nuestro Dios, único dispensador de las gracias. Sí, único dispensador de las gracias, porque ni María Santísima, ni todos los Santos juntos pueden en virtud propia hacernos el mas pequeño favor, sino solo Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, á quien su Madre Santísima y los bienaventurados ruegan, y á quienes no se niega el amantísimo Jesus, pronto siempre á complacer á su Santísima Madre y á los Santos sus muy queridos hermanos; é interpone su mediación para con el Eterno Padre con tanto mas gusto, cuanto que la Virgen Santísima y los Santos piden lo mismo que él desea, que es, nuestro bien, nuestra felicidad eterna, y por consiguiendo los medios para obtenerla. ¡Qué dicha la de María Santísima tener un Hijo tan Santo y poderoso! ¡Qué felicidad la de los cortesanos del cielo, ser tan queridos del Hijo de Dios! ¡Qué gloria la nuestra, mis amados, tener en el cielo quien tanto se interese por nosotros! Correspondamos, pues, agradecidos á sus favores procurando observar una vida arreglada á la ley santísima de nuestro Dios, celebrando ó asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa con

aquella compostura, con aquel recogimiento de espíritu, con aquella fé, esperanza y caridad que requiere un acto tan solemne y sagrado, y seremos contados en el número de los bienaventurados de que hace mención el Evangelio (*Estas son las palabras: aquí el orador puede si lo creyere conveniente*). Y ya que á nadie sea lícito dudar que el Santo Sacrificio de la Misa es de las oraciones públicas la mas agradable á Dios, ¿habrá cristiano que no se compadezca de esos otros pobres hermanos nuestros extraviados, que quisieran que no se celebrara el Sacrificio de la Misa, ó de celebrarse, fuera en un lugar cualquiera sin ostentacion ni decoro? El buen cristiano es imposible que deje de tener lástima de los pobres que así piensan, porque es incompatible ser buen cristiano y no ser compasivo, y nadie es mas digno de compasion que los pobres que piensan del modo indicado. Sí, pobres y bien pobres son, por mucho que sea el oro que manejen, sea suyo por legítimos títulos, ó sea adquirido por medios ilegales. El oro siempre es oro, y el oro nunca es mas que tierra. El que solo se contenta con oro, solo se contenta con tierra, y el que solo se contenta con tierra habiendo nacido para gozar por siempre los bienes del cielo, ¿no será verdaderamente y en toda la estension de la palabra un pobre miserable? ¿Y los que así piensan, los que solo quieren tierra no son nuestros hermanos? ¿No han sido redimidos como nosotros, por Jesucristo Hijo de Dios vivo, del pecado y de la esclavitud del demonio? Sí por cierto.

Pues hé ahí la causa porque el buen cristiano debe compadecerse de ellos. Porque desprecian el fruto de la redencion: porque quieren vivir en el pecado y ser esclavos del Demonio. Sí, mis amados: en pecado están, y esclavos del demonio son los que se complacen en ver los templos del Señor empobrecidos, y cubiertos de harapos los ministros del Señor. Habeis visto como dispuso Dios que se construyera el Tabernáculo de la ley antigua siendo nada mas que figura ó sombra de nuestros templos ¿cuál pues debería ser la magnificencia de estos nuestros que son la realidad? Toda cuanta fuese posible. No porque el Señor necesite de nuestros dones; sino porque nosotros estamos obligados, tenemos necesidad de manifestar interior y exteriormente nuestra gratitud y amor á Dios por cuantos medios nos sean posibles, y no cumplimos con esta obligacion ofreciéndole lo peor y no adornando su casa. Notad la impresion que recibis al entrar en un magnífico y magestuoso templo, y cotejadla con la que experimentais al entrar en otro empobrecido y desmantelado, y conoceréis desde luego cuan convenientes son, aun para elevar nuestro corazon á Dios, estos aparatos, estos cultos externos.

Ni se diga que la magnificencia del Tabernáculo del antiguo testa-

mento, asi como la del culto que entonces se daba, era particular y propia de aquella nacion ignorante, que necesitaba ser instruida y animada por aquel aparato exterior á rendir á Dios sus adoraciones. Quien tal digera, diria un error; y Salomon por sí solo bastaria á confundirle.

La magnificencia del culto ha sido de todos los tiempos y de todas las naciones, porque la dicta la razon (1); y solo las circunstancias han podido rebajarla ó suspenderla en algunos tiempos desgraciados. El pueblo de Israel era el mas sabio que habia en el universo, y sombreaba otro pueblo todavía mas sabio que era el pueblo cristiano: y si el divino Autor del cristianismo, Jesucristo Hijo de Dios vivo, no estableció en él desde luego este culto magnífico, fué porque no convenia, ni al estado pobre y humilde en que habia determinado redimir á los hombres, ni al tiempo de las persecuciones con que queria establecer y sellar su divina religion entre los hombres. Mas luego que la predicacion y los prodigios de los Apóstoles y los discípulos de estos la hubieron llevado hasta los fines de la tierra y establecido en ella á costa de su sangre y la de millones de mártires, envió la paz á la Iglesia. Entonces la magnificencia del culto se presentó por todas partes, y los tiempos de los Constantinos, Teodosios, Clodoveos, Fernandos y Luises asombraron al mundo con esta magnificencia. Es verdad, que las guerras, las heregias, los cismas, y en nuestros tiempos el impio filosofismo han interrumpido á su vez esta magnificencia, pero jamas han podido ni podrán estinguirla, por que es debida por derecho natural y divino. Tened sino la vista en los enemigos de la magnificencia de nuestros templos, y los vereis llenos de inmundicia, encenagados en los mas hediondos vicios y amortiguada en ellos toda idea de religion. Si, solo los irreligiosos, solo los impíos, solo los hombres viciosos, esclavos del demonio, y enemigos de Dios, son los que pueden llevar á mal que tributemos al Todopoderoso el debido culto con toda la magnificencia de que es capaz el hombre, y que por grande que sea nunca será tal, qual merece nuestro Criador. Así que, contribuir con ofrendas, con dones, y con cuanto convenga á dar al Señor un culto magestuoso y magnífico, es un deber sagrado y natural de todo el género humano.

No, hombre miserable, concluyo diciendo con el ilustrado y piadoso Señor de Mazo, Dios no necesita de tus bienes. Los cielos son su trono, la gloria sus riquezas, y el orbe todo la peana de sus pies. No, hombre

(1) Mazo, fol. 361.
TOMO I.

ejemplar de las necesidades y compendio de las miserias. Dios no necesita ni de tí ni de tus bienes. Suyo es el orbe. Tú eres el que necesitas á Dios y sus bienes. Da uno, para recibir mil; y vuelve uno, por mil que has recibido. No vencerás al Señor en generosidad. Cuidemos pues todos, mis amados, de glorificar á Dios cuanto podamos sobre la tierra, y el Señor nos glorificará eternamente en el reino de los Cielos. *Amen.*

O. L. S. S. E. C. A. R.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
PLATICA I. Existencia de Dios.....	4
PLATICA II. Quién es Dios.....	7
PLATICA III. Providencia de Dios.....	15
PLATICA IV. Misericordia de Dios.....	21
PLATICA V. Creacion del primer hombre.—Pecado original.	29
PLATICA VI. Consecuencias del pecado original.....	37
PLATICA VII. Necesidad de un culto y de una ley.....	45
PLATICA VIII. La religion cristiana es la única verdadera....	53
PLATICA IX. Sobre el nombre del cristiano.....	63
PLATICA X. Sobre la significacion de signar y santiguar...	65
PLATICA XI. Sobre la necesidad de la fe y qué es.....	85
PLATICA XII. Sobre que el cristiano está obligado á tener y creer lo que tiene y cree la santa Iglesia Romana.....	97
PLATICA XIII. De Dios uno y trino.....	109
PLATICA XIV. Como es Dios criador, salvador y glorificador.	123
PLATICA XV. Jesucristo es Dios y hombre verdadero.....	135
PLATICA XVI. Jesucristo nació de una Virgen como estaba predicho por los profetas.....	149
PLATICA XVII. Vida de nuestro Redentor Jesucristo hasta el primer año de su predicacion pública.—Jesucristo modelo de obediencia.....	163
PLATICA XVIII. Comportacion de Jesucristo en los dos primeros años de su pública predicacion, y el sermon de la montaña.....	179
PLATICA XIX. Tercer año de la predicacion de Jesus y su transfiguracion.....	193
PLATICA XX. Lo que hizo Jesus en los dias próximos á su pasion.....	207